

Todo resulta diáfano, sin embargo, cuando Salvador escribe lo siguiente: «hay una tendencia, creciente en los últimos decenios, a considerar como un drama la desaparición de lenguas minoritarias. Y yo he de decir algo que en estos tiempos se tiende a percibir como agresivo: que esa desaparición yo no la considero un drama, sino todo lo contrario [...]. Sin la paulatina desaparición de lenguas minoritarias, a través de los siglos, la atomización lingüística sería de tal envergadura que esta misma reunión que estamos celebrando resultaría del todo imposible [...] y, por supuesto, yo no podría ejercitar mi facundia fuera de los límites estrictos del casco urbano de mi pueblo natal». Ésta es, muy probablemente, la cuestión de fondo: la libertad que algunos se otorgan de ir por el ancho y diverso mundo hablando sólo una lengua. Y hay también otra cuestión de fondo, pero esa nos llevaría a hablar, una vez más, de la expresión del egocentrismo y del etnocentrismo.

En lo que se refiere al número de hablantes, es frecuente la argumentación a favor de las lenguas multimillonarias, en razón de unas hipotéticas posibilidades comunicativas. Desde el punto de vista de las frías estadísticas está claro que los hablantes del chino mandarín se pueden comunicar con más personas que quienes tienen como lengua propia (¿pobrecitos!) el inglés. Ya se intuye que esto de las estadísticas no acaba de encajar del todo. Por su parte, los griegos sólo se pueden comunicar con diez o doce millones de personas, mientras que un castellano hablante cuenta con trescientos millones de interlocutores potenciales. ¿Quién y cuándo hablará con tantos? Hay que bajar de las nubes estadísticas y pisar la buena tierra de la realidad: los hablantes normales (no los altísimos ejecutivos, los diplomáticos y los catedráticos de universidad), los que trabajan cada día a pie de obra y salen de casa, suben al metro o al autobús, llegan a la oficina y, si acaso, veranean en un apartamento de la costa (tercera línea de mar) a pocos centenares de kilómetros de su casa, éstos no sueñan con millones. Y tienen mucha suerte si pueden contar con los dedos de las manos esas buenas amistades que convierten la vida en un placer. Hay que ver con claridad: si alguien necesita otra lengua, la aprenderá con agrado y sin complejos; pero lo que no puede pretenderse (porque no parece ético) es valorar a las lenguas de mayor a menor en función de su número de hablantes. Una lengua es el patrimonio de una persona y de un pueblo, es parte de sus señas de identidad; y, en cuestión de identidad, las estadísticas no tienen nada que ver ni nada que decir.

"Lenguas «con muchos hablantes», lenguas «con pocos hablantes»"

Los prejuicios lingüísticos, Jesús Tusón Valls

La complejidad lingüística no es sino una consecuencia de las relaciones de dominio; una muestra de cómo el devenir de la humanidad es, por desgracia, la historia de las desigualdades y de las humillaciones en aspectos esenciales. Aunque estas desigualdades y humillaciones no las producen las lenguas: «las lenguas -afirma Carmen Junyent, experta en la situación lingüística africana- no son cosas, las lenguas son ficciones; lo que da cuerpo a una lengua son sus hablantes: sin hablantes no hay lenguas. Y, de la misma forma que no existe el indeuropeo porque ya nadie lo habla, las lenguas que existen están ahí porque hay quienes las emplean, y son los hablantes, los pueblos en definitiva, los que son fuertes o débiles, grandes o pequeños, y no precisamente gracias a sus lenguas sino, generalmente, a causa de su capacidad de agresión.»

"La «complejidad» lingüística del mundo"

Los prejuicios lingüísticos, Jesús Tusón Valls

Siguiendo con los hechos, y dejando al margen que toda lengua es valiosa y deseable, es evidente que algunos idiomas nos abrirán unos caminos que otros no podrían hacerlos expeditos: si alguien quiere convertirse en exportador, agente de turismo, diplomático o profesor de literaturas comparadas, claro está que tendrá que orientar sus esfuerzos en alguna dirección determinada. Justamente, habrá que ver a qué países quiere dirigir sus productos, hacia qué lugares quiere guiar a unos viajeros ansiosos por conocer mundos diferentes, dónde quiere gozar de inmunidad civil y penal o qué literaturas quiere poner en relación. Y llegamos, así, al final de este camino: toda lengua es de comunicación en los lugares en los que funciona y a los que alguien quiere viajar para entablar conversación con la gente que en ellos vive. Ésta es la cuestión, y por eso no tiene sentido que alguien pretenda imponer (ni siquiera sugerir) que hay que renunciar a la propia lengua en el propio territorio en que ésta funciona.

En cuanto a la segunda de las calificaciones, desde un punto de vista lingüístico no hay lengua que merezca el adjetivo de «internacional». Podrá tener sentido desde la perspectiva económica, de las relaciones transcontinentales, de un intercambio de alta tecnología o de algunos eventos macrodeportivos, factores todos que frecuentemente sugieren ignorancia sobre las realidades de los pueblos, y propios de personas que ni tan sólo hacen el esfuerzo de informarse sobre las lenguas que se hablan en los lugares en los que dejan sus pisadas indelebles. Pero una lengua no es más que una lengua, y si llega a ser «internacional» será a causa de expansiones económicas, tecnológicas, políticas, colonizadoras... apoyadas frecuentemente en ejércitos que actúan como embajadores, o con la espada de Damocles de su amenaza. Y también se convierte en «internacional» una lengua gracias al anzuelo dorado de la «modernización» que se vende a los llamados pueblos «primitivos» para convertirlos en consumidores del emporio imperial.

La desigualdad entre los pueblos tiene un indicador lingüístico muy evidente: «La identificación de los préstamos léxicos -escribe Junyent- es una buena guía para el conocimiento de la historia, especialmente porque son la muestra más palmaria del imperialismo. No hay que profundizar demasiado en este fenómeno para apercibirse de que el tipo de préstamo está siempre en función de la relación ocupante/ocupado. El pueblo ocupante puede tomar en préstamo términos como *banana*, *tomate*, etc.; però el ocupado recibe muchos más, especialmente del tipo *juez*, *ley*, *piensa*... La conclusión no es difícil de extraer: lo que se está tomando prestado, de hecho, es la producción de un pueblo, en un caso, y un sistema social ajeno, en el otro.»

"Lenguas «de comunicación»"
Los prejuicios lingüísticos, Jesús Tusón Valls